

Cuando la cópula se abre. Tres escansiones en el deseo del psicoanalista*

Textos: Leonardo Gorostiza

Imágenes: Harald Matern

*Testimonio en la EBP, Sao Paulo, 20 de noviembre de 2010.

El primer análisis o curarse del deseo de curar “Vengo a hacer un análisis didáctico”. Así articulé mi demanda ante quien fuera mi primer analista. Pocos años antes había iniciado mi práctica y las experiencias psicoterapéuticas transitadas no alcanzaban para garantizar el camino hacia aquello que anhelaba: “ser” psicoanalista.

Sin embargo, la demanda de formación rápidamente se desdibujó dejando ver el verdadero *impasse* que había precipitado la decisión: una dificultad en “tenerlo” por no poder dejar de “serlo”.

Efectivamente, una pérdida había puesto de manifiesto el padecimiento que surgía de no dejar de ser el falo materno y el obstáculo que esto podía significar tanto para el ejercicio de la paternidad como para la asunción de los atributos viriles en la competencia profesional.

Así, la conclusión de ese primer análisis se produjo a partir de la destitución de la posición de identificación al falo. Es decir, se trató de una conclusión ligada a la resolución de lo incumplido en la metáfora paterna.

Un primer sueño transferencial, surgido luego de la primera entrevista con aquel analista, y un sueño a repetición una vez decidida la conclusión, dan cuenta de ese recorrido.

Lo llamo desde un teléfono público de un nítido color rojo para preguntarle si puedo ir a verlo. Una vez en

su consultorio constato, con sorpresa, que se trata de una reunión donde hay muchas personas. Parece una fiesta. Él me recibe afablemente pero... Se encuentra travestido, disfrazado de mujer con un vestido también de un intenso color rojo.

Este sueño, denota claramente la instalación transferencial y muestra la posición privilegiada de la que era mi estrategia de inserción en el deseo del Otro: ser yo mismo el falo vestido por las envolturas maternas. Fue así que ya en aquel primer análisis pude ubicar las condiciones que a partir del mito individual me llevaron a la elección de la carrera de medicina, lo que se podría resumir como “el deseo de curar al Otro”. Al mismo tiempo se despejó para mí, que el “ser médico” encubría la posición de “ser el único”. El único capaz de curar lo que aparecía como un nombre de la falta en el Otro, un nombre del goce enigmático de mi madre en tanto mujer: curar la “locura” del Otro materno.

Pero si bien este lugar fue claramente ubicado, no encontró en aquel entonces un significante preciso para nombrarlo. Tal como señalé en testimonios anteriores, fue recién en el segundo análisis y con la producción del significante particular del síntoma, el significante “calzador” -una nominación eminentemente paterna-, que el lugar de falo materno que había ocupado pudo ser nombrado con precisión: desde el nacimiento, había



Fuente de agua, Harald Matern

“calzado justo” para mitigar la falta y el infinito dolor materno causado por la muy temprana separación de mis padres. Y digo infinito dolor materno en el sentido más preciso del término. Porque se trataba del estrago de un amor ilimitado –sin medida- que la había llevado a través de la separación a reeditar la nostalgia también infinita por su propio padre muerto antes de nacer ella. Me refiero a mi abuelo materno, francés, dueño de una tienda de zapatos.

Dije antes que un sueño a repetición, ocurrido luego de haber anunciado mi decisión de dar por concluido ese análisis, indicó la resolución de lo incumplido de la metáfora paterna.

Por ese entonces, en el momento en que decidí la conclusión de ese análisis, el ejercicio de la paternidad no me presentaba mayores dificultades y me afirmaba en el ámbito analítico y como practicante. Porque el haber puesto distancia con la identificación al falo, tuvo ya desde entonces incidencia en mi práctica. Es lo que propuse resumir en testimonios anteriores como el pasaje de una posición terapéutica a una posición efectivamente analítica. Al mismo tiempo se abrían para mí nuevos espacios: escribía y presentaba mis primeros trabajos en público –habiendo resuelto una cierta inhibición a hablar- y comenzaba a ocupar funciones institucionales. Mi adhesión cada vez más decidida a la orientación

lacaniana llevaba a un punto de máxima tensión el lazo con aquel analista que no compartía esta orientación. Era el momento de concluir. Es en ese contexto que sueño, dos veces consecutivas, el mismo sueño de angustia.

Estoy con mi -entonces pequeño- hijo varón. De pronto ya no lo veo. Se ha perdido. Hay un parque o un bosque. Lo busco y no puedo reencontrarlo. Lo llamo, grito su nombre. Y no hay respuesta. Solo silencio. Allí despierto angustiado.

Aún hoy recuerdo la intervención de aquel analista: “Su hijo, en el sueño –afirmó-, es usted mismo”. Una intervención asertiva que luego pude entender daba cuenta del duelo por mi lugar de falo materno perdido.

Una intervención precisa y asertiva porque ya en ese momento y ante los efectos terapéuticos, él había dado su acuerdo a mi decisión de concluir. Pero lo hizo con una aclaración. “Usted ha resuelto sus síntomas-dijo. Pero queda aún el análisis del carácter”. No está mal. Fue su manera de decir, que era necesaria una vuelta más. Que era necesario interrogar aún el fantasma y la pulsión; que era necesario aún abordar el goce del síntoma. Esa vuelta más fue lo que aconteció en mi segundo y último análisis durante el cual –como muchos de ustedes ya saben- surgió ese significante nuevo, ese nuevo

semblante que no tiene, como lo real, ninguna especie de sentido: “el-calzador-sin-medida”.

El segundo análisis: hacia el deseo del psicoanalista

Tal como he señalado en testimonios anteriores, si el significativo cualquiera sobre el cual se apoyó la elección del analista fue, acorde con la novela familiar, un analista “abuelo francés y a distancia”, la condición de goce localizada en el analista y sobre lo cual giró todo el análisis no fue otra que una “voracidad sin medida”. Una vez efectivizada mi demanda –esta vez bajo la forma de “hacer un análisis lacaniano”- dicha voracidad encontró su emplazamiento en el Otro por medio del núcleo elaborable del goce, es decir, del objeto *a* en transferencia. En mi caso, bajo una substancia episódica privilegiada, pero no la única: la forma escópica del objeto *a*. Fue así, sobre ese núcleo libidinal, que tomó forma una fantasía transferencial que ya he relatado. La fantasía –que resumía la novela edípica- de estar siempre, por mi goce sin medida, a merced del *enojo desmesurado* de mi analista. Fantasía que hacía existir al Otro a través de una amenaza que no se sostenía sino a partir de mi propio goce “sin medida”, localizado en transferencia. La amenaza siempre latente de estar a merced de “el enojo del Otro”.

Así, la fórmula el “enojo del Otro” tiempo después se revelaría, por medio del más sencillo equívoco homofónico, como un estar “en el ojo del Otro”. Punto que resultó crucial para situar cómo, a partir del “descalce” operado entre el ojo voraz y el Otro, se produjo el des-puntar del deseo del psicoanalista.

La escena fundamental

Es una lluviosa mañana de otoño. Tengo apenas seis años. Un ruido me despierta. Son gritos que provienen de la calle. Salgo de la cama y me abalanzo hacia la ventana. Los gritos son más fuertes. Corro los dos paños del pesado cortinado de color rojo intenso –como el del sueño transferencial del primer análisis- que visten a la ventana. La persiana está baja pero por sus hendiduras entra la luz. Calzo mi ojo en una hendidura y asisto a una escena inolvidable. Sobre la vereda de enfrente una mujer, una vagabunda apodada “la loca del barrio”, levanta sus improvisadas faldas hechas de tela arpillera al tiempo que vocifera insultos. Sólo alcanzo a ver una mancha. A su lado, un lechero –repartidor de leche a domicilio-, enfundado en su capa de lluvia, apenas atina a no responder mientras intenta levantar una

“Mi encuentro con el deseo del psicoanalista estuvo jalonado por tres escansiones”

botella de leche rota que descansa sobre el piso mojado. En ese momento, mi madre entra a la habitación y me aleja de la ventana.

Esta escena, recordada y transitada en mi primer análisis, se constituyó durante el segundo en un punto de

convergencia al que llegaban las diversas cadenas asociativas. Como una plomada, todo parecía sostenerse a partir de ese punto fijo construido con imágenes de alta densidad. Las vueltas dichas del análisis permitieron desinvertir esas imágenes y localizar la estructura mínima y fundamental que la sostenía: *un ojo calza en la hendidura, un ojo calza en la hendidura*. Un ojo voraz que también es vorazmente absorbido, chupado por la hendidura.

Fue luego de asistir fascinado a esta escena que se instalaron los síntomas de la neurosis infantil. “Atracciones” con dulces, causantes de períodos de obesidad, y “panzadas” de películas en el cine continuado concluían inexorablemente en cefaleas acompañadas de fuertes dolores retro oculares y una fofobia que se mitigaba bajando completamente las persianas, sin permitir que la luz siquiera se insinuara por las hendiduras. Vómitos incoercibles cerraban el cuadro trayendo un alivio inmediato.

Esta escena fundamental, pudo ser articulada a lo largo del análisis con otras dos.

Una previa: el momento inaugural en que me confronté –como dice Lacan- a la “hendidura de la impúber”¹.

La otra, posterior, en la que soy sorprendido mirando –en un ejercicio de verificación- por el agujero de una cerradura.

Pero el conjunto de estas tres escenas, claramente articuladas a la función fálica, al “*pas-de-penis*” –como dice Lacan-, a la ausencia de pene de la madre en cuya falta “se revela la naturaleza del falo”², no fue sino el montaje –la invención- que me permitió entonces dar un nombre, el nombre de “locura”, a lo que había sido antes para mí el encuentro traumático –*troumatique*- con el goce enigmático de mi madre en tanto mujer.

Solo queda, de ese encuentro traumático, una imagen ahora vuelta rasgo: su boca desmesuradamente abierta y el grito inaudible de su inconmensurable dolor.

Del instante del fantasma al deseo del psicoanalista

Pocos años después de comenzado mi segundo análisis y el síntoma ya puesto en forma a través del significativo particular “calzador”, un sueño vino a marcar un punto de inflexión.

Estoy en el consultorio. Una mujer con extrema delicadeza deja entrever su intimidad. Esa hendidura es –asociaré luego- la división misma del sujeto. Participo de la escena sólo contemplándola. La figura es de un llamativo color sepia, como si se tratara de una antigua fotografía. Una sencilla aliteración me hará ver luego de despertar que, en español, “sepia” es un anagrama de “espía”. La escena es de una gran placidez. Parece estar fuera del tiempo, como eternizada.

De pronto, súbitamente y de manera abrupta, el techo de la habitación se abre –como lo hacen ciertas cúpulas de los cines o los teatros- dejando ver el exterior. Constató con horror que un helicóptero se sostiene en el aire y que han fotografiado la escena. He sido sorprendido in fraganti por el ojo de la cámara. Hasta aquí el sueño.



Al relatarlo ante uno de los pasadores un lapsus resumió lo que este sueño y su elaboración implicaron. En vez de decir “la cúpula se abre” dije “la cúpula se abre”. Porque es una “cúpula” la que se abre y deja ver su estructura: la “cúpula del ojo con la hendidura”. Así, si por un lado en el acto contemplativo *soy el ojo* que calza en la hendidura, en la división del sujeto para colmarla, en el momento de ser sorprendido se revela que *soy mi propia mirada* trasladada al campo del Otro y alojada en su falta radical.

A distancia del Ideal del cual podría verme a mi mismo como amable, de lo cual la vergüenza de haber sido sorprendido *in fraganti* atestigüa, se me revela ese otro punto, ese –como dice Lacan – “... donde el sujeto se ve causado como falta por el objeto *a* y donde el objeto *a* viene a tapar la hiancia que constituye la división inaugural del sujeto”³.

Así, fue luego de este sueño que pude, tal como anticipé, declinar la fórmula “el enojo del Otro” en un estar “en el ojo del Otro” y, aún más, de esa manera “ser el ojo del Otro”.

Pero además, había algo en la primera escena de este sueño que retuvo especialmente mi atención: ese rasgo de estar como por fuera del tiempo, como eternizada. ¿De qué era índice ese rasgo peculiar?

Fue recién a partir del testimonio ante los pasadores y al comenzar la elaboración de los testimonios conceptuales, que pude encontrar una respuesta.

En su escrito “Posición del inconsciente” Lacan habla del *instante del fantasma*, de ese punto de fijeza en el que se proyecta la topología del sujeto⁴. Proyección del sujeto en el instante del fantasma que se corresponde con el tiempo lógico de la separación, tiempo en el cual “vemos en el primer plano de la escena el objeto *a* en relación con $\$$ ”⁵.

Ese instante, fuera de la temporalidad de la cadena significante aunque no por eso no articulado a ella, es lo que entiendo fue subvertido a partir de este sueño y su elaboración. ¿Por qué? Porque la placidez –la homeostasis, podemos decir– de la escena luego conmovida, lo que indicaba era la ilusión de una cúpula posible, de un calce posible entre el ojo y la división del sujeto. Instante del fantasma, instante de ver prolongado en un dilatado tiempo para comprender y donde se articulaban el síntoma con el fantasma: al mismo tiempo que el ojo calzaba en la hendidura, el síntoma no cesaba de calzar un pensamiento con otro.

Que el sueño se hubiera situado en el consultorio reveló que mi práctica allí estaba interesada. Fue notable, luego de este sueño y de su elaboración, como se modificó para mí el manejo del tiempo de las sesiones: una mayor libertad para el corte y la reducción de su duración. ¿Cómo entenderlo? Que en ese punto de inflexión fue conmovida y atravesada lo que Lacan nombró como “la morosa operación”⁶ del analista cuando ésta tiende a estancarse y a obstruir la hendidura simbólica.

En este sentido, Jacques-Alain Miller ha destacado que el pensamiento del analista puede sufrir una succión, que puede ser aspirado por la hendidura que se abre de su ejercicio mismo, lo cual en la práctica toma la forma de lo que Lacan llamó “la insistencia de una indecente intimidad”⁷.

Es decir, el punto donde el analista puede contentarse

en completar, formar pareja, con lo que se presenta de las exigencias libidinales del síntoma del analizante, que es su división misma. Es el punto donde el psicoanalista tiende a olvidar lo que hay de suyo en la experiencia analítica cuando falla en indicar la falta, la hendidura del sujeto, por ser él mismo quien la obstruye⁸.

Las tres cúpulas imposibles

Años más tarde vino el sueño que precipitó el desencadenamiento del final. El sueño que he relatado varias veces donde se midieron la verdad y lo real. El sueño que abrió la vía a la identificación al síntoma, al encontrarme *siendo* eso: “el-calzador-sin-medida”. El sueño que posibilitó otra invención, la invención de ese nuevo semblante, del significante amo de un goce singularísimo⁹, y también una nueva alianza con ese goce. Un significante nuevo, situado por fuera de la función de representación y por ello índice del calce imposible entre lo verdadero y lo real.

Echando ahora una mirada retrospectiva, puedo afirmar que mi encuentro con el deseo del psicoanalista estuvo jalonado por tres escansiones en relación a lo inconmensurable. Tres escansiones que podríamos llamar la experiencia de tres cúpulas imposibles. Primero, la cúpula imposible del falo con la inconsistencia del Otro. Segundo, la cúpula imposible del ojo con la hendidura del Otro. Por último, el calce imposible entre S1 y S2, que es lo que surge de la cúpula imposible entre lo verdadero y lo real. Es decir, tres escansiones en el deseo del psicoanalista por las que pude atisbar el vacío que se abre cuando la verdad mentirosa –es decir, el “delirio” que cada uno se ha inventado– se desvanece ante la opacidad de un oscuro silencio final.

Revisión y Correcciones: *Mirta García y Gabriela Medin*

EL AUTOR

Leonardo Gorostiza. A.E y A.M.E. Psicoanalista en Buenos Aires. Miembro de la EOL y la AMP. Docente del Instituto Clínico de Buenos Aires. Presidente de la AMP. **Email:** goro@fibertel.com.ar

Notas y Bibliografía

- 1 Lacan, Jacques, “Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela”, Manantial, Argentina, 1987, pág. 19. *Autres écrits*, Seuil, France, 2001, pág. 254.
- 2 Lacan, Jacques, “La ciencia y la verdad”, en *Escritos 2*, siglo veintiuno editores, Argentina, 1987, pág. 856. *Écrits*, Seuil, 1966, pág. 877.
- 3 Lacan, Jacques, *Seminario II, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Paidós, Argentina, 1993, pág. 278.
- 4 Lacan, Jacques, “Posición del inconsciente”, *Escritos 2*, siglo veintiuno editores, Argentina, 1987, pág. 815. *Écrits*, Seuil, 1966, pág. 836.
- 5 Miller, Jacques-Alain, “La doctrina de la cura analítica”, *Lo real y el sentido*, Colección Diva, Buenos Aires, 2003, pág. 41.
- 6 Lacan, Jacques, “De un designio”, *Escritos*, siglo veintiuno editores, Argentina, 1987, pág. 352. *Écrits*, Seuil, 1966, pág. 366.
- 7 *Ibid.*
- 8 Miller, Jacques-Alain, “El lugar y el lazo”, Curso del 28 de marzo de 2001 (inédito).
- 9 Miller, Jacques-Alain, “El lugar y el lazo”, Curso del 28 de marzo de 2001 (inédito).